

**Nota:** Cuando los españoles llegaron al llamado Nuevo mundo, en busca de riquezas, se percataron de la abundancia de las plantas que había en estos territorios. Luego, los frailes evangelizadores conocerían la abundancia de plantas curativas que empleaban los nativos para diferentes males. La fama de estas maravillas llegó hasta la corte española del rey Felipe II quien, necesitado de llenar sus arcas vacías, debió buscar posibles opciones para mantener su poderío comercial. Fue así como decidió financiar la primera expedición científica al Nuevo Mundo para conocer cuáles eran las riquezas reales con las que podía contar. Para esa empresa tan ambiciosa, eligió a su protomédico Francisco Hernández, quien se embarcó el 11 de enero de 1570 al viaje que duraría siete años, donde lograría documentar y sobre todo reconocer toda planta medicinal útil y valiosa para el reino español. Su gran obra, *Historia Natural de la Nueva España* dejó documentados una gran cantidad de plantas útiles, haciendo énfasis en sus propiedades medicinales o comestibles. De regreso de su viaje y con la salud mermada tal vez por una disentería amebiana contraída en Michoacán en 1572, que le provocaba fuertes fiebres y otras dolencias, Hernández desembarca en Sevilla en septiembre de 1577. Se instala en Madrid a finales de ese mismo año donde prepara un memorial para el rey en el que relata su trabajo realizado haciendo énfasis en que había realizado extensos experimentos con las plantas medicinales colectadas en los hospitales con los habitantes del reino de la Nueva España. No se sabe cuál fue la desavenencia que tiene con el monarca, quien decide nombrar a su médico de cámara, el doctor Nardo Antonio Recchi en 1580, como revisor y ordenador de la obra de Hernández para escribirla en un "lenguaje sencillo".

Desafortunadamente, mucho del material colectado por la expedición de Hernández, fue consumido en el incendio que sufrió el palacio del Escorial en 1671. Parte de su obra se salvó por los compendios realizados por Recchi, mismos que luego fueron obsequiados a la Academia Nacional de los Linceos en Italia, que se imprimieron en Italia entre 1628 y 1651. Otros manuscritos encontrados en Madrid, fueron publicados hasta el siglo XVIII por el botánico Casimiro Gómez Ortega en 1790. Será hasta el siglo XVIII en que es enviada otra expedición botánica a la Nueva España y otros reinos americanos, para continuar con la exploración de plantas útiles al reino de España, pero esa es otra historia.

El texto fue tomado de :  
<https://core.ac.uk/download/pdf/36056005.pdf>

## El protomédico Francisco Hernández en Nueva España (1570-1577)

José Pardo y Tomás  
Departamento de Física  
Departamento de Historia  
de la Ciencia.  
Institución "Milà i Fontanals".



La figura y la obra de Francisco Hernández (nació en la Puebla de Montalbán hacia 1515 y muerto en Madrid en 1587), ha merecido la atención de los especialistas, pero no ha conseguido nunca encaramarse a este pabellón de grandes figuras de la ciencia moderna que tanto los científicos como la sociedad occidental contemporánea han ido construyendo en el último siglo y medio; aunque méritos no le faltan. Sin embargo, quizás haya sido mejor así. Al fin y al cabo, por mucho que se diga lo contrario, la hagiografía laica de los héroes de la ciencia moderna no es la mejor manera de darlos a conocer al gran público, como se demuestra todos los días en las aulas, en los medios de comunicación o en las tertulias de café.

Las características más atractivas de Francisco Hernández como personaje histórico constituyen, como suele ocurrir, una compleja mezcla de representatividad y originalidad. La vida y la obra de Hernández contiene muchos elementos que las hacen representativas de su época, por ejemplo, de la manera en que muchos médicos se formaban dentro y fuera de las universidades, se forjaban una carrera profesional y abordaban el estudio de la naturaleza, del cuerpo humano, de la enfermedad o de los remedios medicinales. Pero, al mismo tiempo, otros elementos de la vida y la obra de Hernández poseen una singularidad y originalidad excepcionales. Al más destacado de ellos queremos dedicar las páginas que siguen: la empresa - científica e intelectual. Pero también institucional y política que lo llevó a viajar a la Nueva España entre los años 1570 y 1577, enviado por Felipe II a elaborar una obra que marcó verdaderamente un hito en la ciencia europea de la época y cuya influencia se dejó notar durante muchas generaciones posteriores de científicos, médicos y naturalistas.

### La historia de las cosas naturales

No sabemos cuándo empezó a cobrar cuerpo en la corte de Felipe II, el proyecto de enviar a las Indias una persona cualificada para que informara acerca de los recursos medicinales de las colonias, pero esta opinión se hallaba bastante extendida a finales de los años sesenta. En buena lógica, tal iniciativa debía corresponder al poder real y debía contar con su apoyo político y financiero. En este sentido, las reformas administrativas, legislativas y religiosas proyectadas para las Indias debieron incluir --por esas mismas fechas-- el proyecto de recopilación de los recursos naturales de todo tipo, incluidos los medicinales. Sea como fuere en diciembre de 1569 ya estaba tomada la decisión de enviar a Francisco Hernández "a las Indias por protomédico general de ellas", con la misión de "hacer la historia de las cosas naturales" de aquellos territorios,

puesto que se consigna el caso de su salario “durante el tiempo de los cinco años que en ello se va a ocupar”. Su nombramiento oficial fue firmado el 11 de enero de 1570 y a él pertenecen las palabras entrecuilladas. El doble significado del encargo hernandino quedaba claramente establecido en las instrucciones redactadas en el Consejo de Indias en nombre de Felipe II.

Por un lado, la condición de protomédico --figura hasta entonces inédita en las colonias, pero típica en el sistema jerárquico de control del ejercicio de las ocupaciones sanitarias en Castilla-- permitiría a Hernández sistematizar desde el modelo de la metrópoli las condiciones legales del ejercicio de médicos, cirujanos, boticarios y otros sanadores en las colonias. Como es natural, la presencia del protomédico y las decisiones tomadas desde el momento de su llegada originaron no pocas tensiones, pero no cabe duda de que también permitieron organizar eficazmente el trabajo y las condiciones en las que este se desarrolló. Por otro lado, se trataba ante todo de trabajar intensamente para conocer el mayor número posible de plantas medicinales mientras durara su permanencia en la colonia:

*“Os habéis de informar dondequiera que llegáredes de todos los médicos, cirujanos, herbolarios e indios y de otras personas curiosas en esta facultad y que os pareciere podrán entender y saber algo, y tomar relación generalmente de ellos de todas las yerbas, árboles y plantas medicinales que hubiere en la provincia donde os hallárades”* Las fuentes básicas de información eran, pues, los sanadores cristianos ya establecidos desde hacía medio siglo en la colonia, pero también los indios. La finalidad última de todo el empeño era la utilidad --sanitaria, económica y, en última instancia, política-- de todo lo que pudiera reportar para la metrópoli. Sin embargo, en marcado contraste con lo estipulado en las instrucciones reales, Hernández, expresó así el objetivo de su empresa: “No es



*nuestro propósito dar cuenta sólo de los medicamentos, sino de reunir la flora y componer la Historia de las cosas naturales del Nuevo Mundo, poniendo ante los ojos de nuestros coterráneos, y principalmente de nuestro señor Felipe, todo lo que se produce en esta Nueva España”.*

Esta tensión entre utilidad pública y desarrollo del plan de una auténtica historia natural del territorio, estuvo siempre presente en la expedición hernandina y obligó a desplegar estrategias de negociación entre ambas instancias, tanto por parte de su protagonista como por parte de los patrocinadores de la empresa, incluido a veces el monarca en persona.

#### **Intercambio entre colonizadores y colonizados**

Los preparativos de la expedición se llevaron a cabo durante toda la primera mitad del año de 1570, de modo que Hernández y sus compañeros pudieron embarcarse a final del mes de agosto. La flota llegó al puerto de Veracruz, en febrero de 1571; desde allí, ascendieron hasta la ciudad de Mexico, que debía convertirse en el epicentro de las actividades del protomédico durante los siguientes seis años, puesto que partiría de regreso a Sevilla en febrero de 1577. Estos seis años completos de residencia en Nueva España pueden dividirse claramente en dos fases de casi idéntica duración. Desde la primera fase --hasta marzo de 1574-- Hernández se dedicó a recorrer la casi

totalidad de los territorios entonces controlados por el virreinato de Nueva España, desplegando una gran actividad expedicionaria. En sus salidas iba acompañado por un grupo de colaboradores: mozos y acemileros para el transporte de enseres y personas; escribientes, pintores y herbolarios, tanto indios como españoles, encargados de recoger por escrito sus dictados, traducirlos y hacer de intérpretes con sus informadores, dibujar del natural plantas, animales y otras escenas del paisaje, copiar esos dibujos y pintarlos sobre papel y otras tareas similares.

El grupo expedicionario incluyó siempre a su hijo Juan y algunas veces (menos de las que hubieran sido deseables), al cosmógrafo Domínguez que, si bien colaboró con entusiasmo en las primeras fases, luego se desentendió bastante de las salidas expedicionarias.

Para los viajes más largos que obligaban a pernoctar en ruta, se planearon diversas etapas tomando como apoyo la red de conventos y hospitales, sobre todo franciscanos, pero también dominicos y agustinos, establecida por colonizadores a medida que fueron expandiendo su dominio sobre el territorio. Estos hospitales aunaban la función asistencial de enfermos con las funciones más tradicionales de estos establecimientos: ser refugio para los desvalidos y posada para los



viajeros. En un territorio colonial, constituían, además, de ser una eficaz herramienta de penetración de las formas culturales de los colonizadores. Paradójicamente constituían también el escenario privilegiado para el intercambio de conocimientos científicos entre las culturas de colonizadores y colonizados; en especial, dado el caso que nos ocupa, saberes y prácticas en torno a las enfermedades y los remedios medicinales.

Con el regreso de Hernández a México en marzo de 1574, se abrió la segunda fase del proyecto, que se desarrolló casi por completo en la ciudad y sus alrededores. Durante casi tres años, hasta su partida en febrero de 1577, el objetivo esencial fue ordenar y elaborar los materiales que se habían tomado in situ a lo largo de los viajes por el territorio. La labor requería esencialmente dos tareas.

La primera, traducir el texto pulido y ordenado de la Historia Natural a las tres lenguas en las que se consideró que debía circular: el latín, el castellano y el náhuatl, la lengua mayoritaria de los pobladores de Nueva España. La segunda, probar experimentalmente la mayor parte posible de los remedios medicinales que se habían recogido para elaborar tablas de remedios. Las plantas se clasificaron según las



afecciones para las que servían, las partes del cuerpo que sanaban, o los nombres que recibían en las lenguas de indios y españoles. El escenario más adecuado para esa tarea de experimentación era, desde luego, un hospital y el elegido no fue otro que el Hospital Real de Naturales, en México, que contaba por entonces con doscientas camas.

La condición de protomédico de Hernández jugó aquí otra vez, un nuevo papel esencial, puesto que le confirió autoridad sobre médicos, cirujanos y boticarios y ello le permitió recabar información de muchos de ellos, a la vez de contar con su ayuda para ampliar los ensayos de los remedios a otros enfermos fuera del hospital.

#### Mil folios de texto y dos mil ilustraciones

En marzo de 1576, Hernández -- aún a la espera del permiso real para regresar-- se decidió a enviar con la flota que iba de regreso a Sevilla, los tomos que había hecho encuadernar lujosamente para ser presentados al Consejo y al Monarca. Diez de esos tomos contenían los más de dos millares de ilustraciones "*mezcladas muchas figuras que se pintaban como se ofrecían, las cuales pertenecen y se han de pasar a la Historia y Antigüedades*".

Los otros tomos albergaban los textos de ambas obras, aunque como advertía Hernández en la carta que los acompañaba "*no van tan limpios o tan limados o tan por orden ni ha sido posible, que no deban esperar la última mano antes de que se impriman*".

En febrero de 1577, por fin, todo estaba listo para iniciar el regreso. Hernández y su hijo bajaron hasta Veracruz, donde se embarcaron con un inmenso equipaje, que no incluía solamente libros y papeles, sino también semilleros y numerosas barricas con especímenes vivos. El núcleo de la obra hernadina estaba formado por los grandes volúmenes enviados al Rey que contenían descripciones de unas tres mil plantas, de más de quinientos animales, y algo más de una docena de minerales; en total casi mil folios

de texto en latín acompañados de dos mil ilustraciones.

Los textos se habían traducido, como hemos dicho, al castellano y al náhuatl "*para el provecho de los naturales de aquella tierra*".

Como complemento de este núcleo principal, Hernández elaboró otros cinco tratados, dedicados a ordenar y exponer las indicaciones terapéuticas de los remedios recogidos por la expedición y probados posteriormente, con el objetivo de ofrecer, entre otras cosas las "*experiencias y anecdotario del nuevo orbe*" y un "*método para conocer las plantas de ambos orbes*". A esta obra, cabría añadir los manuscritos que trajo consigo al llegar a Sevilla y una larga serie de libros que ahora no es el momento de detallar.

Pero el Francisco Hernández que volvió a pisar el muelle sevillano en 1577 no era la misma persona que había embarcado justo siete años antes. Las experiencias de seis años en México más uno en las largas travesías de ida y vuelta habían deteriorado su salud y jamás se conseguiría restablecer. En mayo de 1578, su estado se agravó hasta el punto de redactar su testamento. Logró sobrevivir; pero desde entonces, en los casi nueve años que le quedaban de vida "*no tuvo ni un día de salud*", como escribieron sus hijos al rey.

No cabe duda de que esta fue una causa determinante, aunque no fuera la única, para explicar la casi total desaparición de la obra Hernández de los escenarios donde se tomaron las decisiones sobre lo que debía hacerse con su vasto trabajo de plantas y animales del Nuevo Mundo.

